

## LA FLORESTA DE ANYKŠČIAI

¡Montes baldíos, valles despoblados!  
¿Quién cree en vuestra belleza de antaño?  
¿Qué de esa vuestra grandeza se hizo?  
¿Qué de ese viento y su suave zumbido,  
cuando las blancas hojas susurraban  
y añosos pinos crujiendo oscilaban?  
¿Do están las aves, tiernos pajarillos  
cuyos gorjeos daban tanto alivio?  
¿Dónde las bestias, alimañas, fieras?  
¿Dónde sus cuevas, huras, madrigueras?  
Todo perdido, ¡solo en yermo campo  
unos torcidos pinillos quedaron!  
Un inservible erial el sol abrasa  
pleno de piñas, de tamuja y ramas,  
y contemplarlo se hace tan aciago:  
¡como palacio destruido y quemado,  
como ciudad en ruinas y asolada,  
como reseca ciénaga abrasada!

Ibas antes al bosque... y te embelesaba;  
dando tanta emoción, regocijo al alma,  
que pensabas a veces, turbado el sentido:  
¿Pero estoy en el bosque o en el paraíso?!  
Donde mires, es bello: ¡verde, limpio y alto!  
Donde huelas, qué agrado: ¡deleita el olfato!  
El oído acarician susurros alegres.  
Sensaciones que aquietan: ¡aplatan, conmueven!

Esos lechos blanditos de musgo extendidos  
convidan al reposo, se hunden mullidos.  
Miríadas de arbustos cual rudas florecen,  
su fruto negro y rojo maduro ya ofrecen.  
En fondo blanquecino, verdoso y rojizo  
destellan vivas setas desde sus huertitos.  
Tímidas, como embudos, asoman cabrillas  
de una manta de musgo entre las rendijas.  
Allá blancas plateras hay desparramadas,  
o medran agaricos, a la vista saltan.  
Rebichuelos juntitos bajo los abetos,  
y en el pinar helado, gardingas sin cuento.  
Carboneras rojizas, verdosas y grises,  
ningún cuidado tienen y crecen felices.  
Aquí las babosillas junto a los atajos,  
que llamaba Mickiewicz tazas boca abajo.